

tro mil en ella. La isla de Jersey solamente contaba un grande número que le afluían desde la Bretaña y la Normandia. En vista de lo cual se formó una comision para distribuirles socorros, uniéndose para la ejecucion de este caritativo proyecto ingleses opulentos. El obispo de San-Pablo-de-Leon, el señor de la Marche, quien se habia visto precisado á refugiarse en Inglaterra desde 1791, escitó y favoreció el celo de tan noble comision. Alojóse en un palacio real á ochocientos sacerdotes, y se abrieron suscripciones en su favor. Por los años de 1794 y 95 se acrecentó todavía el número de los refugiados, á causa de la invasion de los Países-Bajos y de la Holanda. Con igual proporcion pareció desplegarse la beneficencia nacional, y el producto de las suscripciones ascendió hasta á un millon, reportando á poca diferencia la misma cantidad las demandas que se hicieron en nombre del monarca. Por último, tuvo á bien el mismo gobierno encargarse de estos dones, y regular su distribucion; de aquí es que se espidió un bill, asignando pensiones anuales á los emigrados de todas clases. Cada cual recibia una paga proporcionada á su rango. Los obispos eran treinta, y cobraban una cantidad mayor; escepto algunos, que, teniendo rentas propias, no quisieron que se les empadronase en la lista general de los socorros. Rehusaronlos igualmente un número bastante considerable de eclesiásticos movidos de igual delicadeza. Hallábase á la cabeza de estas distribuciones el obispo

de San-Pablo-de-Leon, el cual sentia el placer de verlas acrecentadas con los donativos espontáneos de muchos particulares opulentos. Mostróse el clero francés digno de tan hidalga acogida, y su conducta correspondió á la pureza de la causa por la cual estaban padeciendo. Muchas preocupaciones se disiparon á su presencia, la cual volvió respetable á los ojos de los Ingleses la antigua fe de sus padres. Por otra parte, establecieron nuestros ministros en Londres muchas capillas, y convirtieron en católicos á una multitud de protestantes. Su celo, su constancia y su caridad se grababan profundamente en los ánimos mas prevenidos. Harto se ha hablado de los hermosos establecimientos del venerable abate Carron, cuya industria y benéfica caridad hacen honor á su religion y á su pais. Estableció este abate un retiro para los sacerdotes y enfermos, un hospicio para las mugeres emigradas, escuelas para ambos sexos, farmacias gratuitas, bibliotecas y talleres, cubriendo todos los gastos con los donativos de Ingleses opulentos, movidos de su virtud. Estrañábase que un simple particular, sin fortuna, pudiese realizar tantas cosas; mas era tanto el ascendiente y confianza que habia sabido inspirar, que todos se apresuraban á concurrir á sus buenísimas obras. Mucho nos pesa no poder detenernos en estos pormenores, de tamaño consuelo, por cuanto habian de indemnizar á nuestros lectores el dolor causado por las espantosas escenas, cuyo cuadro nos

vemos precisados á trazar delante de sus ojos.

— El 5 de octubre, decreto sobre el nuevo calendario. Es bien conocida esta tan estraña como ridícula concepcion que se quiso sustituir á un uso seguido entre todos los pueblos de la Europa. Hizose dar principio al año en el equinoccio de otoño, época en que el año antecedente se habia proclamado la república, y que por esta razon deseaban ilustrar. Los dias, meses y años mudaron de nombre: la nueva era debia empezar el 22 de setiembre de 1792, y hacer olvidar la que habian adoptado todos los cristianos. Doce meses perfectamente iguales fueron divididos en tres *decadas* de diez dias cada una, el último de los cuales debia ser consagrado al reposo. Con esto desaparecia la observancia del domingo, y esta era la intencion profunda de los impíos autores del decreto. Ellos querian hacer olvidar los dias consagrados por la religion, y ya hemos visto durante muchos años la observancia de este caprichoso calendario ocupar seriamente un gobierno impío y receloso, que no podia sufrir que el pueblo observase aun los domingos y los demas dias señalados por la religion, y despreciase las *decadas*. En vano intentaron atraer á la multitud con espectáculos y novedades; las fiestas republicanas tristes y solitarias no pudieron echar raices. ¡Qué lástima! Habíanse instituido por ejemplo las *sansculotides*; estas eran los cinco dias que terminaban el año nuevo: el uno era consagrado á celebrar fiesta en honor de la Opinion;

otro yo no sé á que otra divinidad. Pero estas fiestas absurdas no hicieron fortuna á pesar del celo de los que habian querido erigir el *sans-culotismo* en virtud; y los sans-culotes y el sans-culotismo y las sans-culotides, despues de haber reinado algun tiempo por medio del terror, volvieron á caer en el desprecio y el horror que merecian tan vergonzosas invenciones.

— El 7 de noviembre, abjuracion de algunos constitucionales. Las particularidades de este famoso dia son deplorables, mas pertenecen á la historia. Véanse en compendio tales cuales se hallan en los *Procesos verbales de la Convencion*¹, y en el *Monitor*. — El presidente hace lectura de una carta de las autoridades constituidas de París, que dice: « Las autoridades constituidas preceden en vuestro seno al que antes era obispo de París, y á su anterior clero, que vienen de su propio movimiento á prestar á la razon y á la eterna justicia un homenaje brillante y sincero. » Ellas son admitidas. El orador de la diputacion dice: « El obispo de París y otros muchos sacerdotes conducidos por la razon vienen á despojarse aquí del

¹ *Procesos verbales de la convencion*, t. XXV, p. 47 y siguientes, hasta el tomo XXVII. *Monitor*, sesion del 17 brumario año II, y dias siguientes. Solo desde el 7 de noviembre hacemos empezar las defeciones, porque solo entonces tuvieron alguna importancia. Sin embargo habia habido algunas antes de esta época. La primera parece ser la de un ministro protestante quien, el 15 de octubre, llevó cuatro copas, *únicas piezas de plata de su culto*. No lo nombramos, sin embargo de ser muy conocido y ocupar aun un puesto.

« caracter que la supersticion les habia impreso... »
 // Gobel, obispo de París, suplica á los representantes del pueblo oigan su declaracion. « Habiendo
 « nacido plebeyo, tuve desde luego en el alma los
 « principios de la libertad y de la igualdad... hoy
 « que la revolucion marcha á largos pasos hácia un
 « dichoso fin..... hoy que no debe haber ya otro
 « culto público y nacional que el de la libertad y
 « el de la santa igualdad, pues que el soberano
 « así lo quiere, consiguiente á mis principios me
 « someto á su voluntad, y vengo á declararos aquí
 « altamente que desde hoy renuncio al ejercicio de
 « mis funciones de ministro del culto católico : los
 « ciudadanos mis vicarios aquí presentes se reunen
 « á mí. En consecuencia nosotros os entregamos
 « todos nuestros títulos. Viva la República. » Gobel
 y trece de sus vicarios episcopales firman esta de-
 claracion. Ella es seguida de grandes aplausos. El
 presidente felicita á Gobel y su clero por el paso
 que acababan de dar. « Ciudadanos, dice, que aca-
 « béis de sacrificar sobre el altar de la patria estos
 « góticos y puériles juguetes de la supersticion,
 « vosotros sois dignos de la república. Ciudadanos
 « que acabais de abjurar el error, ya no quereis
 « predicar en adelante sino la práctica de las vir-
 « tudes sociales y morales : este es el culto que el
 « Ser supremo encuentra agradable; vosotros sois
 « dignos de él. » Los ciudadanos que están en la
 barra son admitidos á los honores de la sesion :
 acógeseles con trasporte, llenáseles de aplausos.

Gobel deposita sobre el altar de la patria su cruz y su anillo ; preséntanle el bonete rojo, y lo pone sobre su cabeza; el presidente le da el abrazo fraternal, haciendo observar que él lo da no al obispo de París, que es un *ente de razon*, sino al ciudadano Gobel. Muchos presbíteros miembros de la Convencion se precipitan á la tribuna : el uno *recuerda* que él ha sido cura, y declara haber *renunciado ya á su título y sus funciones*; Lindet, obispo del Eure, anuncia que *jamás ha predicado sino la pura moral, que él ha sido el primero en casarse* (en efecto lo era un año hacia), y que *abdica*; pide que se organicen las fiestas nacionales. Julian de Tolosa, ministro protestante, se felicita de ver *el día de la razon, y la destruccion del fanatismo*, y no quiere ya otro culto que la patria, ni otro evangelio que la constitucion. El obispo de Loir-y-Cher toma la palabra. « Yo llego en este momento á la asamblea, dice, y acabo de saber que muchos obispos han abdicado. ¿Se trata de renunciar al fanatismo? Esto no puede pertenecerme, pues lo he impugnado siempre : las pruebas de ello están en mis escritos, todos los cuales respiran el odio á los reyes y á la supersticion. ¿Se habla de las funciones de obispo? Yo las he aceptado en tiempos difíciles, y estoy dispuesto á abandonarlas cuando se quiera¹. » Lé-

¹ Mas tarde este obispo se alaba de haber confesado la fe en esta ocasion. Siente la necesidad de tratar muchas veces este mismo asunto.

yense dos cartas, una de Gay-Vernon, obispo de la Alta-Viena, quien declara haber suspirado por el momento actual, y que obedece á la voz de la razon, de la filosofía y de la libertad: este es el mismo que ya habia remitido su cruz, y á quien sus colegas han acusado despues de haber escrito en su departamento cartas impías. La segunda carta era de Lalande, obispo de la Meurthe. « Actualmente que la aristocracia estaba destruida, que la autoridad del Papa estaba reducida á su justo valor, y que el pueblo no era ya el esclavo de las supersticiones y de las preocupaciones, abdicaba para siempre las funciones eclesiásticas, no queriendo ya otro título que los de ciudadano y republicano. Él no remitía sus letras de ordenacion á ejemplo de muchos de sus cohermanos, porque las habia dejado en Nancy; pero que en lugar de estos pergaminos góticos, que para nada eran ya buenos, depositaba sobre el altar de la patria su anillo y su cruz. » Un vicario episcopal y dos curas hicieron declaraciones análogas. Así acabó esta sesion, monumento deplorable de terror, impiedad y vértigo. Las sesiones que siguieron completaron este cuadro siniestro. Al dia si-

to en sus escritos. En una Instruccion pastoral de 1795 dice, que en medio de los ultrajes y vociferaciones, quedó fiel al doble caracter de católico y obispo, y que confesando á Jesucristo creyó pronunciar su sentencia de muerte. Mas ¿ puede ser considerado como confesion de fe el pequeño discurso que acabamos de citar testualmente? No renunció la religion M. Gregoire, mas tampoco confesó creer en Jesucristo.

guiente, Seguin, obispo del Doubs, aseguró no haber aceptado las funciones episcopales sino con repugnancia, y querer volver á ser simple ciudadano para no predicar ya mas que la moral que siempre habia tenido en el corazon, el amor de la libertad y de la igualdad, y la sumision á las leyes. Lombardo-Lachaux, ministro protestante, renunció á sus funciones; Chabot, vicario episcopal de Blois, pronunció su abjuracion: algunos otros presbíteros de la Convencion siguieron este ejemplo. El 10 de noviembre se celebró en París la fiesta de la *Razon*: un ídolo impuro fué llevado en triunfo bajo el nombre de la *Razon*; la catedral de París fué nombrada por un decreto el templo de la nueva diosa: un cortejo impío fué allí á ejercer su culto sacrilego; colocóse sobre el altar consagrado á nuestros formidables misterios el vil objeto de una adoracion insensata; las blasfemias profanaron la cátedra de la verdad, y aquellos muros, que tantas veces habian resonado con los cánticos santos, no oyeron ya sino unos aires bárbaros y unos himnos irreligiosos. La Convencion en cuerpo fué á participar de esta horrible fiesta: prestó tambien sus homenajes á la *Razon*, y celebraron este dia memorable con discursos análogos. Entonces se realizaron las predicciones demasiado verdaderas, por las que muchos años antes de la revolucion los oradores cristianos, animados de un celo que se tachó de fanatismo, habian anunciado la abominacion en el lugar santo, la profanacion de

II. Sea una prostituta
y comica

los templos y un culto impuro sustituido á nuestras sagradas ceremonias. Entonces la impiedad creyó haber aniquilado la infame, segun la expresion familiar de uno de los gefes de la filosofía. La tribuna de la Convencion no resonó por muchas semanas mas que blasfemias. Unos facinerosos ridículamente disfrazados con los ornamentos del santuario vinieron á proferir á la barra de la asamblea discursos groseramente impíos, y recibieron elogios por premio de sus latrocinios y sacrilegios. Todo ejercicio del culto fué proscrito; todas las iglesias fueron entregadas al pillage; el oro y la plata que encerraban enriquecieron á los despojadores: arrastraron con irrisión por las calles los objetos empleados en el servicio divino: hicieron pedazos las estatuas é imágenes de los santos, mutilaron los cuadros de piedad, echaron por tierra los altares levantados al Altísimo, profanaron los vasos consagrados al mas augusto sacrificio, cerraron nuestros templos despues de haberlos indignamente manchado, y la irreligion triunfante se aplaudió de haber borrado hasta los vestigios del cristianismo. Las sesiones de la Convencion continuaron en ofrecer vergonzosos ejemplos de bajeza y de abjuracion. El 11 de noviembre, Massieu, obispo del Oise, escribió que renunciaba á sus funciones y que iba á casarse. Tres vicarios episcopales hicieron declaraciones semejantes. Unos protestantes enviaron sus copas, y abandonaron su culto. El 13, Jarente, obispo del Loiret,

*La mesa punitiva
y comica*

escribió: « Habiendo quedado fiel á mi puesto, « cuando todos mis colegas lo abandonaban, he « querido burlar las intrigas de los malévolos y « confundir el fanatismo; su influencia entonces « podia ser funesta á mi patria: la *montaña* por fin « ha estrellado esta hidra; mi corage al presente « carece de objeto: tomo pues el partido de renunciar irrevocablemente á las funciones de ministro « del culto; el retorno de la razon me advierte que « no es necesario que las ejerza mas tiempo; las « he llenado como buen ciudadano, como buen « republicano, y las dejo porque el interés de la « república no me une mas á ellas. La libertad, la « igualdad, la obediencia escrupulosa á las leyes « del pueblo soberano, una aficion sin límites á la « Francia regenerada, el odio implacable á los tiranos, ved cual será en lo sucesivo mi culto nacional y la ocupacion de mi vida entera. » Este obispo, dicen, pronunció en el club de Orleans un discurso mas revolucionario aun, y se casó despues. En esta misma sesion la Convencion acogió á varios individuos de toda edad y de todos sexos ridiculamente vestidos con los despojos de la Iglesia; escena que se renovó muchas veces, y que siempre traia nuevas irrisiones y blasfemias. El 15 de noviembre, la asamblea rehabilitó la memoria de La Barre, de este joven de Abbeville, á quien por sus profanaciones quitaron la vida en 1766; y concedió pensiones á los presbíteros que abjuraron su estado. En el mismo dia, Marolles, obispo

*La mesa punitiva
y comica*

del Aisne, envió sus letras de presbiterado y dejó sus funciones. Diez y ocho vicarios episcopales escribieron en los mismos términos. El obispo del departamento del Norte hizo pasar también sus letras, y declaró renunciar á sus funciones. Torné, metropolitano del Cher, confesó haber sido un embustero y un impostor, y abjuró su estado: casóse despues, y se precipitó en los mayores escesos de la bajeza y del patriotismo. Pelletier, obispo de Maine-y-Loire, envió sus letras de presbiterado. Thibault, obispo del Cantal, hizo su dimision, dejó todas sus funciones, y prometió defender hasta la muerte, la libertad, la igualdad, la unidad y la indivisibilidad de la república. Carrier, este diputado tan famoso, anunció que Minée, obispo de la Loire-Inferior y presidente del departamento, *habia abjurado su sacerdocio en un discurso muy elocuente*. El procurador general síndico del Indre, escribió que Heraudin, obispo de este departamento, renunciaba á su estado. Huguet, obispo de la Creuse, privado por una enfermedad del honor de dar ejemplo, se apresuró luego que pudo á apostatar, y este furioso jacobino no cesó despues de mancharse con crímenes, y de distinguirse por la exageracion de su patriotismo, que indignó á sus mismos colegas, y no pudo preservarle de una muerte violenta. A estos obispos se juntaron un número por desgracia demasiado crecido de vicarios episcopales y de curas constitucionales. Además de los prelados de que acabamos de hablar, y cuya defeccion se re-

fiere en los procesos-verbales de la Convencion, hubo otros en los departamentos que cayeron en los mismos estravíos. Molinier, obispo de los Altos-Pirineos, convidado á instruir al pueblo sobre una resolucion del representante Fouché, que abolia todas las ceremonias del culto, responde que *esta invitacion es inutil, que los principios que han dictado la resolucion están en su corazon, que estos son los de la moral pública, los de la razon eterna*¹. La apostasia de Pontard, obispo de la Dordoña, fué mucho mas recomendable todavía por su bajeza, y mucho mas culpable por no ser un efecto de la persecucion. Autor del *Diario profético*, por los años de 1792 y 93, se mostró tan furioso, como Lutero, contra el gefe de la Iglesia. Desnaturalizando las profecias de Isaías, las interpretaba á medida de la perversidad de sus deseos, atribuia á dos pretendidas profetizas, La Brousse y Broune, la prediccion de los sacrílegos resultados del partido irreligioso en la asamblea legislativa, de la cual era miembro. Viósele combatir la eternidad de las penas del infierno, establecer en su periódico el martinismo, hacerse luego apolo-gista del divorcio, autorizar el matrimonio de los sacerdotes, y al fin casarse él mismo. Tenia la escandalosa audacia de decir misa con la pipa en la mano, y el gorro encarnado en la cabeza; hacia

¹ Esto es lo que se lee en una sesion de la sociedad *montañesa* de Tarbes, de que era miembro Molinier. Véase el diario titulado *el Republicano francés*, noviembre 1793.